

Homenaje a Ludwig van Beethoven

EL TERCER BEETHOVEN

Por Otto de Greiff

Se sabe que el abuelo paterno de Beethoven fue un músico muy estimable, muerto en Bonn en 1773, cuando Ludwig contaba tres años; era de origen flamenco, y la partícula "van" de su apellido en forma alguna tenía sentido nobiliario, como el "von" alemán; era, simplemente, la preposición "de", con lo que el compositor, si fuéramos a traducir su nombre, vendría a quedar en algo como "Luis del Huerto de Remolachas". El hijo de este abuelo, o sea el padre del compositor, era músico de profesión, de baja calidad, muy inferior a su padre, y borrachín famoso en Bonn: este sería el segundo Beethoven mencionado en autos; el tercero sería el Grande. Pero al motejar estas glosas sobre "El tercer Beethoven", no quiere decir que vamos a hablar del compositor, sino de un tercer aspecto suyo, frente a otros dos que suelen ser traídos a cuento por historiadores, críticos, panegiristas, detractores, turiferarios o difamadores.

El primer Beethoven es el del gasto, el de los melómanos al por mayor, y aun el de los que no lo son pero quieren parecerlo. Es decir el Beethoven de la quinta Sinfonía, el de la Sonata Claro de Luna, el de la Pastoral y el del Concierto Emperador. O sea el de las grandes obras del que algunos llaman su período heroico, que va aproximadamente de comienzos del siglo pasado a 1815, es decir los quince años de la segunda juventud y de la madurez del compositor, los años venturosos en que era el ídolo de buena parte de la sociedad vienesa, los años de los amores imposibles, de las amadas inmortales más o menos ilusorias. Si Beethoven hubiera muerto entonces, hacia ese 1815, su nombre y su prestigio hubieran sido los mismos para sus admiradores de antaño y de ogaño.

Frente a este Beethoven que, por no existir en sus años la fotografía, nos lo da la iconografía como un varón "lionized", como dicen los ingleses, de alborotada melena y facciones prometeicas, surge desde la etapa final de la vida del músico, y viene acrecentándose como contraste con la imagen románticamente deificada, una figura mezquinamente humana, demasiado humana. En su representación exterior, bas-

ta comparar, por ejemplo, el retrato de Ferdinand Schimon o el dibujo a lápiz de Kloeber, o el muy famoso retrato de Stieler, con algunos de esos bocetos de cuerpecito entero de Boehm o con el grabado de Martín Tejcek, que representan al artista con su chistera y su gabán pobretón de todos los días. Pero no es a la figura corporal sino a la espiritual a la que vienen refiriéndose ahora analistas y psicoanalistas, con el resultado de que al ídolo, más que deshumanizado, divinizado hasta el extremo, sucede ahora el caso humano, demasiado humano. Y el caso es el de un litigante resentido, mezquino, y gruñón con sus toques de homosexualismo latente. En verdad la cosa no es nueva: quienes bucean en la biografía beethoveniana saben siempre que, al período de sus grandes éxitos como pianista e improvisador genial, y como compositor exaltado en vida (contra la opinión difundida antiguamente de que Beethoven fue siempre un incomprendido), sigue una época oscura y sórdida, en la que la creación disminuye notoriamente, época de rencillas con su cuñada viuda y madre del dichoso sobrino que ensombreció los años últimos del genio, siempre en los relatos de la vida de Beethoven este período resulta árido y oscuro, desapacible y desagradable. El destino de muchos creadores idolatrados en vida, hace que esta vida se conozca tergiversada y desfigurada en las biografías de los que precisamente fueron testigos directos, y que se requieren prolijas investigaciones póstumas para situar al "héroe" en su punto. Así ha ocurrido con Beethoven, deformado por sus retratistas y por sus biógrafos con Schindler a la cabeza. El lector desapasionado, si hay quien pueda serlo en el caso de Beethoven, acaba por separar totalmente al hombre de su obra, y justamente tratándose del primer músico que desobjetivó la música, del primero que se confesó por medio de ella. Y nos resulta así un sujeto muy de carne y hueso, hundido en el vórtice de prosaicas disensiones en las que fue juez y parte muy activa.

Y queda el capitulillo de las amadas del maestro, amadas todas imposibles, bien por el distanciamiento social, bien porque el mismo Beethoven era un reprimido, un tímido para quien sus idealizaciones femeninas eran a la manera de dulcineas de un quijote acribillado de complejos, el primero de ellos la oprobiosa sordera, el segundo (¿o más bien este sí el primero?) su cicatería, su inseguridad para consigo mismo, su vacilación que lo retrajo de buscar mejores horizontes que los de esa Viena, siempre tenida por el "habitat" indiscutible de la música, y siempre tan tradicionalista y frívola, tan incomprensiva con los grandes innovadores de la música.

Ahora, con ocasión del bicentenario, se sacan de nuevo a la luz todas las incidencias de la vida de Beethoven, las ciertas y las dudosas, las conformadas y las deformadas. Y quienes las cometan casi no se acuerdan de que se ocupan de alguien que, además de vivir una vida sembrada de claroscuros ("Ah! que la vie est"). Pero no vamos a caer en el fácil recurso de la generalización afirmando que este idioma recóndito del tercer Beethoven está todo en su tercer período, y sólo en éste. Pues ocurre que circula a través de casi toda su vida creadora, claro que para acrecentarse y acendrarse en sus últimos maravillosos años. Y justamente en lo más ardiente de sus insensatas rencillas familiares, en las que parte muy buena de la culpa le cabe a su egoísmo

y a su carácter intransigente y difícil, comenzaron a brotar esas floraciones inefables de la belleza que son las últimas sonatas para piano, y para piano y chelo, las Vacaciones Diabelli, lo Novena Sinfonía, la Misa Solemne, los últimos cuartetos. . .

Pero, se dirá, ¿no está la Novena Sinfonía entre las obras espectaculares y vistosas exteriores del que estamos llamando, con otros, periodo heroico? Sí lo está, por la gloriosa conclusión coral, su parte más extrovertida, y por cierto basada en un tema que ya Beethoven había mimado antes en una fantasía coral, en una modesta danza orquestal y aun en una canción muy juvenil y casi insignificante. Pero no lo está en la introversión del movimiento lento, tan preñado de sutiles milagros sonoros, y que muchos oyen simplemente como el pasaje que precede a la anhelada explosión coral, ni lo está tampoco en el denso movimiento inicial, de intensidad expresiva sólo comparable al de algunos episodios de los cuartetos finales.

¿Y qué hay en esas obras finales que les otorga tan pasmosa virtud? Ahí está la dificultad, en responder con palabras humanas a lo inexpresable. Hay, y ya lo han dicho antes muchas gentes, algo que viene desde muy adentro y que tal vez subcientemente el mismo Beethoven nos lo sugiere (que no lo explica) en su epígrafe a la Misa Solemne: "Von Herzen - moege es wieder zu Herzen gehen". ("Del corazón. . . pueda ser que vuelva al corazón"); y aquí "corazón" es a la vez lo que es, y cerebro también.

Ya van por delante unas cuantas cuartillas sobre Beethoven, y en ellas hemos esquivado la imprescindible referencia a su sordera. Pero no puede faltar. ¿Sin ella, que comenzó cuando andaba todavía en la flor de su edad, hubiera sido la misma la obra posterior de Beethoven? Casi seguramente no. El brillante pianista, el asombroso improvisador, muy posiblemente hubiera seguido en el mismo mundo exterior de las creaciones brillantes, las heroicas y luminosas. Grandes figuras literarias que no fueron por la naturaleza contagiadas del morbo musical, suelen hacer frases pomposas y sin compromiso al tocar el tema de la música. Así Víctor Hugo, que hizo no una frase sino un *quotidienne!*, que dijo el otro, (y cuán tristemente cierto en el periodo sombrío del compositor!), compuso algunas obrillas musicales.

Obras que fueron las primeras concebidas para la inmortalidad, para la posteridad. Porque hasta entonces los músicos escribían "para el gasto", para la ocasión efímera; y sólo a partir de Beethoven se dieron cuenta los estetas y las gentes comunes de que Mozart y Bach y "tutti quanti" habían escrito montones de obras dignas de ser exhumadas. Luego habría de venir el fenómeno contrario, muy del romanticismo en su peor acepción: la preocupación de componer para la posteridad, con el resultado de que a menudo los engendros salían, ahora sí, de efímera viabilidad. Pero volviendo a los comentadores de ahora, observemos que cuando se refieren explícitamente a obras del sujeto comentado, lo hacen como por salir del paso, y casi siempre vuelven a parar en los sujetos comentados, lo hacen como por salir del paso, y casi siempre vuelven a parar en los eternos caballos de batalla; caballos de perfecta belleza, eso sí, pero siempre los mismos, los del ya mencionado periodo heroico.

Ya está muy revaluada la división muy arbitraria que hizo von Lenz, en los llamados tres estilos, de la creación beethoveniana; pero mucho queda de verdad en ella, pues todo creador que no muere prematuramente tiene su época de formación, la imitativa, y sus días de creador original, personal. Y estos días cesaron, para Beethoven, y en el ánimo de sus contemporáneos, cuando a mediados de la segunda década del siglo dejó de componer activamente para dedicarse a litigar mezquinamente en lo del pleito del hermano muerto (Karl), de su viuda (Johanna) y del hijo de ambos, el famoso sobrino (también Karl). Para éste fue Ludwig padre celoso y conflictivo, o madre o algo más recóndito, según los psicoanalistas.

Muerto, pues, Beethoven musicalmente, según el fallo de sus contemporáneos, perdidos ya sus atractivos juveniles, que nunca fueron muchos, y que nunca explotó de veras, nos queda por fin nuestro tercer Beethoven, el de los últimos asombrosos años, el del tercer período de que habló von Lenz.

Hace cosa de medio siglo, en nuestra curiosidad casi infantil de ir a veces más allá, supimos que esta última cosecha de la creación beethoveniana fue incomprendida en sus días y durante largo tiempo más; y lo creímos dogmáticamente, porque nos lo enseñaban quienes tenían por qué afirmarlo. Y a este tercer Beethoven es al que queremos referirnos en estas notas desabridas y sin novedad; porque, ¿qué decir de nuevo sobre Beethoven? Son apenas un alerta a quienes no saben que además de la *Eroica* y la *Appassionata*, de la *Quinta* y del *Concierto para Violín*, hay algo más, y cuánto más! Libro completo (hoy casi totalmente olvidado) sobre Beethoven, ampuloso y así Goethe, de quien se cita su sentencia sobre el *Clave Temperado* de Bach: "Coloquios de Dios consigo mismo, antes de la creación". Pues a cuento se trae esto, ya que la última obra beethoveniana, y en parte arrancado de muy atrás, es una secuencia de coloquios consigo mismo, después de la creación de su obra para el mundo. Así como el juego del ajedrez no requiere de tablero y trebejos sino para aquellos mortales, la inmensa mayoría, que sin ellos estaría desvalida, mientras el ajedrecista puro bien puede jugar a la ciega, así el músico puro no requiere, paradoja extraña, del medio sonoro, Bach escribió su *Arte de la Fuga* para cuatro voces, con prescindencia de sus timbres. Y Beethoven oyó sin oírla toda su obra final, en su íntimo interior, como una suprema abstracción. Y tal obra no revierte sino a quien quiera y sepa comulgar con ella. Ya se anotó arriba cuál es, en bloque, tal obra, Pero muchas cosas proféticas podrían añadirse a priori a lo inmenso que vendría a posteriori. Valgan, como remate de esta glosa, algunos ejemplillos al azar: el "Largo e mesto" de la *Sonata para Piano* op 10 N^o 3, el júbilo desenfadado (y para el sentir general tan poco beethoveniano) del final de la *Sonata para Piano y Violín* op 12 N^o 3, o todo el *Trío* op 70 N^o 2 (la fama se la roba el otro, el N^o 1), o la inefable cantilena del lento en la *Sonata* op 96, o el final del primer tiempo en el *Trío del Archiduque*, o el fugato en la *Marcha Fúnebre* de la *Eroica*. Y acabaríamos por reincorporarlo todo, porque aunque Beethoven, como Homero, también a veces dormitaba, en verdad dormitaba poco.

UN GENIO DESTROZADO

Por Angel Valtierra, S. J.

El día 16 de diciembre, se cumplió el segundo centenario del nacimiento de Ludwig van Beethoven, 1770-1970.

La ciudad de Bonn, hoy capital de Alemania Occidental, fue la cuna del músico más genial de todos los tiempos.

El mundo le está rindiendo toda clase de homenajes, no sólo un día sino un año Beethoveniano. Todo se lo merece.

Su música es fabulosa. Es como un surtidor de armonías y obras, como el concierto Emperador, la Misa Solemne, o las 5ª, 6ª y 9ª Sinfonías con la apoteosis en la última de la alegría, no pasarán jamás. Como no pasarán el Apolo del Belvedere o la Venus del Milo, el Moisés de Miguel Angel, el Quijote de Cervantes, las Meninas de Velásquez, los claroscuros de Rembrant o la Anunciación de Fray Angélico.

Son obras plasmadas por genios. El misterio de la belleza se encarnó en ellas y la plasticidad creadora se condensó como el carbón en el diamante.

Pero en esta ventana de hoy no quisiera fijarme y subrayar la parte técnica de la obra del gran músico. Doctores tiene la humanidad que lo harán muy bien y lo han hecho.

Quisiera como homenaje al gran músico, presentar su angustia profunda como un testimonio de valor y de mensaje al mundo de hoy. Casi todos los genios, almas selectas, han tenido periodos de noche muy oscura en sus almas. El dolor probó sus vidas como el fuego al acero.

Lo que nos conmueve en Beethoven es más que su genio musical, su tragedia humana. Fue un infortunado en el amor humano y su vida fue destrozada por algo que constituía lo más querido de su existencia y que era como una necesidad vital. Beethoven sordo es como si dijéramos Miguel Angel sin brazos, Caruso afónico o Goya ciego.

Nos cuentan los biógrafos que la sola amenaza de la sordera le causaba terror. Recurre a los médicos y no sólo no le curan sino que son desacertados en el tratamiento. Alguno le recomendó echarse cubos de agua fría en la cabeza mientras estaba escribiendo a fin de despejarla.

Siente con horror cómo se va quedando sordo y nos dice: "Y lo que era más grave no podía confesarlo. ¡Cómo va a decir **un músico que no oye!** Mi dolencia me es tanto más penosa cuanto tengo que ocultarla. No me es posible descubrir la carencia de un sentido que debiera ser en mí más perfecta que en nadie. Si me acerco a una tertulia, el miedo de que puedan advertir mi estado me sobrecoge con una angustia espantosa. En el teatro tengo que sentarme en las primeras filas para poder seguir la voz de los actores".

Aquí está reflejada en toda su trágica realidad la situación de este gran torturado.

Su alma está llena de armonías, es un creador de las mismas y quiere con ansia sentir las difusas en esta tierra concreta.

Pero esta tragedia llega realmente **al clímax** un día en que paseando con un amigo en el campo, músico como él, de nombre Ries, éste dice: "**Qué melodía tan bella**". ¿Qué melodía? pregunta Beethoven: **La que toca ese pastor con su caramillo**".

Beethoven queda sobrecogido, asustado. El no ha oído nada. Se marchó, cuenta el amigo triste. Desapareció. Aquella noche no le vimos a la hora de cenar. Más tarde traté de consolarle pero fue inútil. No admitía consuelo.

Hoy después de 200 años nos estremece la prueba sufrida por el genial músico y sentimos con calor humano su angustia.

Es la suprema prueba del dolor del cual tenemos en la Biblia las páginas más sublimes que jamás se hayan escrito: **El Libro de Job**.

Beethoven mismo nos confiesa que alguna vez pasó por su mente como una ráfaga fría la tentación del suicidio. Resistió a la tentación y por su valor heroico la humanidad tiene tal vez sus mejores páginas musicales.

Después de la prueba suprema vivió 25 años. Pudo llegar hasta considerar a la sordera como la compañera de su vida. Es posible que esa concentración solitaria en su mundo interior, le fecundara más y afinara sus obras. Sordo escribió la Sexta Sinfonía y la Eroica y la Misa Solemne y tantas obras más. El que no oyó la melodía del pastor, nos dio en la sinfonía pastoral las más maravillosas melodías.

Vamos a dar aquí tres aspectos de Beethoven:

Algo de su medio humano. Algunas notas íntimas y sobre todo su gran testimonio de Heiligenstadt, uno de los documentos humanos más conmovedores.

Hijo de su época. — La época fugaz en que vivió Ludwig van Beethoven fue turbulenta como poquísimas, tal vez, en la historia de la humanidad... durante los cincuenta y seis años que transcurrieron entre el nacimiento de aquel músico, acaecida en Bon el 16 de diciembre de 1770, es decir, el mismo año que moría el preclaro Tartini, y su muerte, que aconteció en Viena el 26 de marzo de 1827, es decir, un año antes que el de Francisco de Goya.

Si el derrumbamiento militar del poderío napoleónico proporcionó muchas satisfacciones por doquier, no con eso terminaron los agobios e inquietudes, porque el famoso Congreso de Viena hizo en 1814 un reparto continental que sólo insatisfacciones podía producir.

En cambio, a un hombre de principios del siglo XIX, y con ese temperamento de Ludwin van Beethoven, le marcó profundas huellas, como lo acredita con agudo y certero testimonio la sinfonía Eroica.

¡Cuán turbulentos habrían de ser para la humanidad, más también al mismo tiempo, cuán conmovedores para el arte musical, los años transcurridos desde el nacimiento de Beethoven hasta su óbito! El arte sinfónico y el de cámara iban abriéndose paso a expensas de la ópera; el barroquismo iba evolucionando sensiblemente hacia nuevas formas musicales; el arte mismo, solaz hasta entonces de magnates, potentados, príncipes y reyes, que se permitían el lujo de sostener capi-

llas privadas para uso personal y pasatiempo de sus amistades o camarillas, penetra como valor social en las entrañas de la muchedumbre.

Entre 1782 y 1786 fallecen los tres hijos de J. S. Bach que tanto renombre habían alcanzado en vida. Entre 1782 y 1791 estrena Mozart sus principales óperas, desde *El Rapto* en el Serrallo hasta *La Flauta Mágica*. En 1786 nace Weber y al siguiente año muere Gluck.

El siglo XIX desde el primer instante, es pródigo en figuras románticas. En 1803 nace Héctor Berlioz, gran paladín del romanticismo musical. En 1809 muere Haydn y nace Mendelssohn. En 1810 nacen Chopin y Schumann; Liszt al siguiente año; Wagner y Verdi, en 1813. En 1816 estrena Rossini "*El Barbero de Sevilla*" y en 1821, estrena Weber "*Der Freischutz*". En 1822 nace el belga César Franck, y dos años después nace el austriaco Anton Bruckner. En 1826 —un año antes de bajar a la tumba Ludwig van Beethoven, el compositor Weber estrena en Londres y fallece en la capital inglesa.

Beethoven era roca y, aún mejor que roca, cima; era luz y aún mejor que luz, faro. Firmeza y resplandor parecían construir incommovibles rasgos de su creación artística.

En tal aspecto, Beethoven ocupa lugar preeminente; el primero, tal vez. Es un ejemplo incomparable de serenidad ante la desgracia agobiadora y de resignación ante lo indesviable; lo es de altivez, igualmente, por su convencimiento incommovible de la alteza que debía mantener la música y del poder que ejerció este arte sobre su alma. Ni estrecheces ni privaciones, ni miserias —que todo esto habría de soportar— lograron vencer el ánimo o torcer los rumbos de tan insigne compositor.

Recojamos al azar algunas de esas líneas, por cuanto casi todas ellas ayudan a comprender la vida y la obra del artista que principió a ver la luz en una bella ciudad bañada por el Rhin y dejó de verla en una bellísima capital bañada por el Danubio: "**Hay mucho que hacer en este mundo. ¡Apresúrate!**".

Estoicismo y fe. — Beethoven dijo: "Efectúa todo lo necesario para conseguir tu anhelo más ardiente y de este modo lograrás el triunfo al fin.

Si deseas comprender los milagros, tú mismo deberás comenzar por hacerlos. Sólo procediendo así podrá cumplirse tu propio destino.

Para granjearse la sumisión y obediencia de otros, no hay nada como inculcar la fe en la superioridad de nuestra propia inteligencia.

El destino concedió a los seres humanos una facultad: la del valor para soportarlo todo hasta el fin.

No trates de ocultar tu sordera. ¡Que la conozca el mismo arte!

Vive desde ahora para el arte solamente. Por más limitaciones que la debilidad de tus sentidos ponga a tu horizonte hoy, sólo el Arte, a la corta o a la larga, te proporcionará la razón de tu existencia. ¡Sacrifiquemos la vida al Arte, y sea el arte un santuario para nosotros!

Inmola siempre a tu Arte todas las pequeñeces de la vida social.

Actúa en vez de suplicar. Sacrificate sin esperar la gloria ni la recompensa.

Labora y desempeña tu deber sin que te inquieten las derivaciones de un resultado favorable o adverso.

No busques otro refugio que el de la sabiduría, porque el atenerse a los resultados produce desgracias y acarrea pesadumbres.

El odio recae sobre la persona que lo provoca.

Una palabra amable a nadie perjudica.

Entre los dientes del tigre oí la plegaria de la víctima: "Gracias te doy, Altísimo, porque muero entre dolores, mas no en pecado".

Ahórrate el dolor de ofender al amigo. Y especialmente al amigo incomparable.

No confíes tu secreto ni siquiera al amigo más probado. ¿Cómo podrías pedirle una fidelidad a una discreción que a tí mismo te falta?

La ley moral en nosotros y el cielo estrellado por encima de nosotros.

La perseverancia, incluso ante las circunstancias más duras y adversas, es un rasgo esencial por el cual se caracterizan los hombres dignos para obtener tal dictado.

Sertorio desdeñaba el insulto porque lo único que valía para él era el tiempo. No hay nada tan precioso como el tiempo, efectivamente, cuando se anhela realizar cosas importantes.

Los lacedonios, tan indiferentes a la vida como a la muerte, sólo se preocupaban por una cosa, a saber: vivir y morir con dignidad.

La paz y la libertad son los mayores bienes que existen".

Y este apéndice al testamento de Heiligenstadt fechado el día 6 de octubre de 1808:

"Como caen las hojas muertas, de igual modo han caído mis esperanzas... ¡Oh Providencia! Haz que luzca para mi una jornada sin niebla alguna! ¡Llevo tantísimo sin oír resonar el íntimo eco de la verdadera alegría... ¿Cuándo Dios mío, cuándo me penetrará su voz en el templo de la naturaleza y de los seres humanos? ¿Jamás? ¡No! ¡Esto sería demasiado cruel!"

Un testamento trágico. — En el otoño de 1802, en su retiro de Probusgasse, en Heiligenstadt, ciudad cercana a Viena, Beethoven experimenta una gran desilusión al comprobar un día que su sordera no tendrá curación y escribe a sus hermanos una carta que ha sido llamada "Testamento de Heilieginstadt" que concentra todo su dolor ante el mundo. En el mensaje, conocido 25 años más tarde al morir el gran compositor, Beethoven dirige un lamento a la humanidad.

"Oh hombres que me tenéis por atrabiliario, perturbado o misántropo, o me declararéis tal. ¡Qué injusticia me hacéis! ¡Ignoráis la causa secreta por la que parezco así! Mi corazón y mi sentido estuvieron desde la infancia inclinados al delicado sentimiento de la benevolencia. Siempre me sentí dispuesto a cumplir grandes acciones. Pero piénsese tan sólo que desde hace seis años me ha atacado un mal incurable, empeorado por médicos insensatos; engañado de año en año y obligado por fin a resignarme a un mal permanente cuya duración tal vez dure años y hasta quizá sea imposible. Nacido con un temperamento fogoso, incluso sensible a los entretenimientos de la sociedad, tuve que aislarme pronto para llevar una vida solitaria...! Qué duro ha sido mi choque

Homenaje a Ludwig van Beethoven

con la triste experiencia de mi mal oído! Y sin embargo, no me era posible decir a la gente: hable más alto, grite, que soy sordo. ¿Cómo hubiera sido posible que yo adujera la debilidad de un sentido que antes poseía con la mayor perfección y tal como, sin duda, lo han poseído pocos de mi profesión? He pasado medio año en el campo, procurando preservar mi oído todo lo posible, hasta que el médico vino a ponerme en la situación en que ahora estoy...! Qué sufrimiento cuando alguien a mi lado oía una flauta desde lejos y yo no podía oírla o escuchaba el canto de un pastor sin que yo percibiera nada! Cosas tales me sumieron en la desesperación, faltándome poco para que pusiera fin a mi propia vida. Sólo el arte me detuvo. Con alegría veo acercarse la muerte. Si viene antes de que yo haya tenido ocasión de desplegar todas mis condiciones artísticas, será demasiado pronto a pesar de mi duro destino, y en tal caso desearía que viniera después...! **Ven cuando quieras; voy a tí resueltamente!**"

Este es el mensaje de Beethoven. Mensaje profusamente humano que durará tanto como su música; será eterno.

LA SORDERA DE BEETHOVEN

Por Luis Alfonso Ramírez

Nadie va a discutir sobre la genialidad de Beethoven. Pero sí es bueno apuntar que cuando compuso su gran canto a la alegría, su estupenda Novena Sinfonía, estaba completamente sordo. Y el haber hecho esto en tal estado, es una verdadera anomalía, una superación de lo normal, lo cual es una de las cualidades de los genios: que sus creaciones sean algo inesperado y sorprendente, fuera de lo común y aún contra lo común, o sea contra lo normal. Así llega a ser el genio un verdadero anormal por la superación y la sublimación de las normas humanas.

Millares son las publicaciones en torno a la sordera del gran compositor, contradiciéndose muchas de ellas fundamentalmente en sus apreciaciones, atestiguando tanto un desconocimiento de la materia como una enorme fantasía personal.

Lo que en esta breve nota trataremos será todo basado en hechos exactamente comprobados, prescindiendo de datos inseguros, así como de toda conjetura personal puesto que tampoco somos especialistas en la materia. Así cumpliremos con uno de sus últimos deseos: "... que todo lo que en el futuro se diga sobre mí, sea dicho por todos conceptos, con estricta fidelidad a la verdad".

Nació Beethoven en Bonn, el 16 de diciembre de 1770, hijo de una madre tuberculosa que se acercaba con pasos apresurados hacia el sepulcro y de un músico barato tan aficionado a la bebida que desde muy de mañana ya estaba borracho, llegando a las funciones de la Cor-

te en donde trabajaba en estado completamente lamentable. No eran raras las noches ver a sus hijos Ludwig, Karl y Johann buscándole de taberna en taberna para encontrárselo y luego llevarlo a la casa lloriqueando: “papaíto... papaíto...”.

No obstante Ludwig, que adoraba a su madre, defendía a su padre a capa y espada, pese a que, posiblemente, era uno de los hombres más desprestigiados de Bonn. Una ocasión el propio Ludwig había tenido que irlo a rescatar a la comisaría, pues la policía le había detenido por escándalo público a altas horas de la noche con un grupo de amigos de su misma calaña entre los que se encontraba el trompetista Pfeiffer, a quien tenía alojado en su casa a cambio de que se ocupase de la educación musical de Ludwig.

Las lecciones musicales que su padre y Pfeiffer le daban siempre eran a horas desacostumbradas cuando los dos volvían borrachos de la taberna y ya el chico estaba dormido, sacándolo de la cama a estrujones y con los insultos más soeces para que se sentara al piano tiritando de frío y lleno de pavor a repetir sin descanso los ejercicios que le imponían. No faltó la ocasión en que su padre, cuando lo veía ya rendido por el sueño y la fatiga, le pinchara los dedos con una aguja de tejer.

En veces, cuando en lugar de practicar los ejercicios impuestos, llevado por su temperamento recio, se ponía a improvisar a su capricho, le gritaba: “Déjate ahora de tonterías, ya improvisarás cuando sepas”. Aquí intervenía el borracho de Pfeiffer, quien en medio de la inmensa nebulosa del alcohol ya se daba cuenta de que Ludwig era un caso especial y decía: “Déjale que toque lo que quiera, hombre”.

Tales fueron las primeras experiencias en la vida y con la música de Ludwig van Beethoven. Pero a los 17 años, era ya todo un hombre y un gran músico que empezaba a componer sus primeras obras. A los 21 años, en 1792, se traslada a Viena, en ese tiempo capital mundial de la música y la cultura y su genio no tarda en imponerse logrando muchos y jugosos contratos, quedando así atrás todas sus penurias económicas.

Su fama crecía y sus composiciones le producían mucho dinero, todo el dinero que pedía por su obras. Pero el terrible mal ya lo afechaba de una manera implacable.

Las primeras nociones en la dificultad de la audición se conocen a través de una carta que le escribe a su amigo íntimo Carl Amenda en 1801. Dice así Beethoven: “Desgraciadamente ha venido a perturbar mi calma un demonio celoso inspirándome horribles inquietudes acerca de mi salud. Desde hace tres años, mi oído poco a poco ha ido debilitándose”. Esto nos ubica definitivamente en el comienzo de la sordera del genio de Bonn, o sea en 1798, cuando apenas contaba con 28 años. Amarga realización de un hecho que para el gran músico significaba la mayor tragedia posible. Y aun cuando parece revelarse valientemente, no doblegarse ante lo que ya ve inminente, le pide a su amigo en dicha carta: “Te ruego que todo cuanto te he dicho respecto a mi sordera, lo guardes en tu corazón como un secreto de excepcional importancia y que no hables de ello a nadie en este mundo, quienquiera que sea”. Igualmente en carta de la misma fecha (1801) dirigida a su

amigo el médico Wegeler, describe su tragedia: "Mi audición durante los últimos tres años ha ido empeorando. Mis oídos zumban y retumban continuamente durante el día y la noche. Para darte una idea de mi extraña sordera, te diré que en el teatro tengo necesidad de colocarme junto a la orquesta si quiero oír a los artistas y si me alejo a cierta distancia, no percibo las notas altas de los instrumentos o las voces, y si me alejo un poco más, no oigo del todo. A menudo puedo oír los tonos bajos en una conversación, pero sin entender sus palabras, mas los que gritan me producen un sufrimiento intolerable".

Según los que han estudiado sus obras, en ellas se puede ver la tristeza que marca en su espíritu el comienzo de su enfermedad. En el "Largo e mesto" de la Sonata en Re mayor op 10, compuesta por esa fecha, se expresa con una tristeza patética, como si presintiera el espinoso camino que le había trazado el destino. Por eso misma época (1801) compuso las melancólicas Sonatas "Claro de Luna", la para piano en Do menor (opus 31, Nº 2) y la Segunda Sinfonía. Luego, sus composiciones fluctúan entre la alegría y la tristeza de acuerdo con los momentos de resignación o desespero en que se encuentre y que deben concordar con fluctuaciones también de su audición.

Pero volviendo a la parte médica es importante recalcar que quienes han analizado a la luz de los conocimientos audiológicos modernos la perfecta descripción que hace de su enfermedad en su carta al Doctor Wegeler, todo lo que Beethoven sentía concuerda con los hallazgos audiométricos de una sordera de la llamada de origen neurosensorial cuya causa hasta la fecha no se ha podido esclarecer, siendo la menos probable la que trae Alexander Trayer —autor de una importante biografía de Beethoven— y que se la atribuye a una sífilis.

Beethoven en su desesperación al notar la pérdida progresiva de su audición, consultó a los mejores médicos de su época y cansado de no obtener mejoría con los más diversos tipos de tratamientos a que fue sometido, entre los cuales podemos enumerar baños fríos, calientes, aplicación de vejigatorios, galvanismo, diferentes tipos de brebajes, etc., llegó en su desilusión hasta a consultar a un monje que gozaba de mucha fama en curar enfermedades del oído.

A pesar de que Beethoven hacía esfuerzos por no dejarse dominar por su mal, de vez en cuando su espíritu de titán se sublevaba y se disipaba en furiosa cólera la suave claridad del remanso de la resignación a que se había acogido. Vemos aquí también la conducta típica del sordo con sus explosiones de furia contra lo imposible de dominar su mal y luego los episodios de depresión en que a menudo se sumerge. Se necesitaba un espíritu indomable como el de Beethoven para poder iniciar en estos adversos momentos la época más profunda y más bella de sus composiciones.

En octubre de 1802 se le recomendó trasladarse a un pintoresco valle del Denubio famoso por sus ríos a los cuales se le atribuían propiedades curativas. Este pueblecito pasó a la historia por haber escrito allí Beethoven su testamento, es decir Heiligenstadt. Tal testamento es una conmovedora confesión y un ruego de perdón al mundo por las ofensas que le había causado con su aflicción.

Nótase a través de todo este testamento la enorme fuerza de voluntad de Beethoven en su lucha con la sordera, y que como en todos estos casos, lo lleva a momentos de intensa depresión que limita en el suicidio y sin embargo su carácter indomable lucha contra ella haciéndole más bien que produzca sus mejores obras de toda su fulgurante carrera cuando su sordera llegaba al máximo.

Beethoven usó varios dispositivos auditivos, tipo amplifonos, con pequeño éxito. Hay algunas referencias de que algunas veces se ponía un pedazo de madera entre los dientes y lo aplicaba al piano para ayudarse en la audición por medio de la conducción ósea. Pero se acepta que esto era solamente un intento de suplirse que solamente le debió rendir para la percepción de vibraciones gruesas. Audifonos rudimentarios como los de esa época y el apoyarse sobre el piano cual lo hacía, no podían darle resultado alguno porque el tipo de sordera que padecía no es susceptible de una buena audición ósea y los audifonos al aumentarle el sonido producirían seguramente distorsión del mismo por un fenómeno especial llamado en audiometría reclutamiento común en su tipo de sordera.

La sordera del titán fue progresiva, llegando al final de sus años a ser total. Narran que encontrándose dirigiendo en su primera presentación la Novena Sinfonía, en silla giratoria como era usanza, al terminar la obra y no escuchar los aplausos del público, se le bañaron los ojos en lágrimas. Diéronle entonces los músicos la vuelta a la silla para que apreciara los frenéticos aplausos, por la más estupenda de las Sinfonías, aplausos que no terminarán nunca mientras exista quien la ejecute en cualquier parte del mundo.

Para terminar, ya que nos estamos alargando demasiado, concluyamos que la sordera de Beethoven fue de tipo neuro-sensorial de origen vascular, con lo cual están de acuerdo la mayoría de los más prestigiosos autores consultados, lo mismo que con el informe de la necropsia que le practicaron los doctores Johann Wagner y Karl Rokitsansky. No fue debida a una sífilis como lo afirman los doctores Alexander Trayer y B. F. McCabe. Tampoco se debió a un Lupus Eritematoso sistemático, como lo dice el Dr. Edward Larkin en un apéndice del reciente libro de Martin Cooper. Y, definitivamente, por la sintomatología, hay que eliminar una otitis media supurada y también la otosclerosis.

Colofón: Sordo, escuchando un tremendo trueno que la naturaleza estalló como protesta por su muerte, el 26 de marzo de 1827, este coloso de la música entró en un mundo de infinita libertad en donde la sordera pierde su horror en la gloria de una armonía eterna.

